

# IGLESIA ALMERIENSE

SÁBADO, 08 DE DICIEMBRE DE 2012 15:47 MANUEL POZO OLLER DOMINGO

- LA MIRADA DE LA FE



La traslación la semana pasada de los restos mortales del obispo fray Juan de Portocarrero a su lugar de descanso definitivo, transcurridos trescientos ochenta y un año de su muerte, me ofrecen la oportunidad de recordar algunos datos históricos de nuestra diócesis almeriense en un intento de mantener viva nuestra memoria recuperando algunos datos de especial interés.

La sucesión apostólica en esta diócesis se remonta a san Indalecio, discípulo de los apóstoles y fundador de nuestra sede. La diócesis, en una primera etapa de su historia, llevó el nombre de Urci – Pechina. Su territorio era reducido en el límite geográfico de la Bética con la Tarraconense. Según una venerable tradición san Indalecio formaba parte de un grupo de cristianos que llegaron a estas tierras para anunciar a Jesucristo y que se conocen históricamente con el apelativo de Varones Apostólicos. Nos consta fehacientemente el comercio de esta región del sudeste de la Bética con Roma como prueban la existencia de asentamientos romanos en todo lo que hoy es el territorio diocesano. Baste recordar los asentamientos que llevan el nombre de las repúblicas romanas denominadas abderitana (Adra), abulensis (Abla), murgitana (Mojácar), bariensium (Villaricos), tagilitana (Tíjola).

Los restos del cuerpo de san Indalecio fueron trasladados por los mozárabes en el 1084 desde Pechina al monasterio de San Juan de la Peña de la diócesis de Jaca para preservar su profanación. Precisamente fray Juan de Portocarrero, después de las gestiones oportunas, consigue traer una reliquia del santo fundador a la diócesis en 1620. Perdida la reliquia, desde hace unos años, gracias a las gestiones llevadas a cabo en su día por Mons. Álvarez Gastón y el Excmo. Cabildo Catedral de la diócesis de Almería ante el Obispado y el Cabildo Catedral de la diócesis de Jaca, dándose la circunstancia privilegiada de que Mons. Álvarez Gastón fue obispo de Jaca antes de ocupar la sede almeriense, los cristianos almerienses podemos venerar la reliquia del santo patrono situada en una preciosa urna al pie del altar mayor de la S. A. I. Catedral de la Encarnación de nuestra ciudad de Almería.

De los obispos urcitanos hay constancia documental desde el concilio llamado de Ilíberis, llamado así por haberse celebrado en el entorno del granadino barrio del Albaicín, en los años 300 ó 303. Invadida España por los musulmanes la sede de Urci perteneció a la provincia eclesiástica de Tarragona. Es una curiosidad histórica notable hacer notar que en esta época uno de los obispos de Pechina respondía al nombre árabe de "Ya' qûb b. Mahrân". Este obispo del que no se conserva el nombre cristiano fue enviado por el califa a Santiago de Compostela para pactar con el rey cristiano Ramiro II de lo que se puede deducir que la sede episcopal durante el periodo musulmán permaneció en Pechina aunque la existencia de grupos cristianos fuera reducida.

Durante el periodo musulmán la Santa Sede continuó nombrando obispos titulares de Almería que actuaban al modo de vicarios apostólicos entrando temporalmente a visitar a esta cristiandad que nunca llegó a extinguirse. Alfonso VII, en los años de 1147 a 1157, reconquista la ciudad y establece la sede episcopal en la actual Almería. De 1157 hasta 1488 Almería se islamiza de nuevo pero consta que continúa, quizás por convenio con Castilla y el rey de Granada, la atención espiritual a la población cristiana que comerciaban con el reino nazarita por el puerto de Almería y que estaba compuesta de castellanos, catalanes y genoveses.

El cardenal primado de Toledo a la sazón D. Pedro González de Mendoza, restaura la sede y erige

la catedral con el título de Santa María de la Encarnación el día 21 de mayo de 1492 nombrando primer obispo de la diócesis restaurada a D. Juan de Ortega.

La rebelión mudéjar de 1500 determina la disposición de los Reyes Católicos, por la cual los musulmanes almerienses, como los de todo el reino granadino, deben convertirse o emigrar. La mayoría prefiere convertirse a la fe cristiana como medio para evitar el destierro conformando la denominada población morisca o de cristianos nuevos.

Fray Juan de Portocarrero destaca entre los obispos del siglo XVII por su afán renovador. En sus fecundos veintiocho años de gobierno de la diócesis almeriense dejó para la historia hitos tan importantes como la celebración del primer sínodo diocesano en diciembre de 1607, la proclamación de san Indalecio como patrono de la diócesis en 1621 y, entre sus muchas obras materiales, la construcción y erección del Colegio Seminario de san Indalecio en 1610. Como dato curioso por ser excepción es que al final de su vida el Papa Urbano VIII le concedió un obispo coadjutor con derecho a sucesión en la persona del dominico fray Antonio de Viedma y Chaves.

***Manuel Pozo Oller,***

***Vicario Episcopal***

